

Reseña

Encarnación JUÁREZ. *Italia en la vida y obra de Quevedo*. New-York-Bern-Frankfurt am Main-Paris, Peter Lang, 1989. 249 p.

(ISBN: 0-8204-1116-7 ; *American University Studies*, Series 2: "Romance Languages and Literatures", 125)

El proceso de reconstrucción e interpretación de la vida y escritos de Quevedo ha llevado a examinar, recientemente, aspectos diversos de su obra en relación con su actuación personal y política en la España de los Austria¹. En lo que respecta específicamente a los años que se extienden de 1613 a 1619, contamos desde hace más de dos décadas con los estudios de James O. Crosby sobre la actuación política de Quevedo en Italia y en la Corte, cuando acompañó al Duque de Osuna en sus gestiones como Virrey de Sicilia y de Nápoles. En "Quevedo in Italy: A Satirist in Politics", de 1954, y en artículos posteriores, Crosby rectificó *idéas reçues* sobre su vida, forjadas, algunas, en el texto casi hagiográfico de su primer biógrafo, Paolo Tarsia, y perpetuadas en los estudios de A. Fernández Guerra, E. Mérimée y C. Astrana Marín. Crosby aclaró, asimismo, en varios estudios, cuestiones de cronología e interpretación de numerosas obras del *corpus*². En aquellos años Quevedo desempeñó funciones importantes al servicio de Osuna que lo pusieron en contacto con las fuentes de poder del reino. Sus cartas dan amplio testimonio del entusiasmo con el que Quevedo trató de defender la política del Virrey, con quien compartía tendencias ideológicas que habían entrado en conflicto con la línea más o menos oficial de la monarquía durante las privanzas de los Duques de Lerma y Uceda. Indudablemente, estas circunstancias de su vida pública incidieron en su visión del mundo y motivaron la composición de varias de sus obras históricas o proto-periodísticas, que tratan de cuestiones vinculadas a la política imperial en Italia y a los acontecimientos que se sucedieron después de la caída en desgracia de Osuna y de la muerte de Felipe III en 1621. Su estudio justifica, por ello, un enfoque que permita conjugar el examen de los datos conservados sobre su actuación en aquellos años con el análisis textual de estos escritos. Del mismo modo, el encuentro con humanistas y literarios italianos y las lecturas que pudo haber efectuado entonces, deben haber ejercido influencia sobre sus prácticas literarias y sus concepciones filosóficas. A. Martinengo se ha referido ya a estas relaciones con la

¹ Se destacan las investigaciones publicadas por Josette Riandière La Roche sobre cuestiones de linaje y de ideología en *Criticón*, 1986, pp. 43-129, en *Autour des parentés en Espagne*, Paris, 1987, pp. 43-76, en *Écrire sur soi en Espagne*, Aix-en-Provence, 1988, pp. 73-87, entre otros artículos, y las de Pablo Jauralde en *Manuscr. Cao*, III, 1989, pp. 21-25, en *Manuscr. Cao*, IV, 1990, pp. 23-27 y en su "Introducción biográfica y crítica" a la edición de *El Buscón*, Madrid, Castalia, 1990.

² Vid. sus trabajos publicados en *PMLA*, LXXI, 1956, en *Hispanófila*, IV, 1958 y en *BBMP*, XXIV, 1958 y el libro en el que se ocupa de establecer las fechas de composición de gran parte de la obra poética, además de resolver otras cuestiones relacionadas con la producción quevediana: *En torno a la poesía de Quevedo*, Madrid, Castalia, 1967.

cultura italiana del XVII, mientras trataba de delimitar los encuentros y desencuentros ideológicos de Quevedo con los representantes de la "nueva ciencia"³.

El propósito de Encarnación Juárez es también revisar, en esta versión corregida de su tesis doctoral en 1987, el impacto que la estancia en Italia tuvo en la vida de Quevedo y las huellas que dejó en su producción. Su estudio se organiza en cuatro capítulos; los dos primeros dan cuenta de las experiencias de Quevedo en Sicilia y en Nápoles; el tercero, de las obras que Quevedo escribió o pudo haber escrito en el período italiano y el cuarto, de la temática italiana en su producción posterior. Se completa el volumen con una breve introducción, unas conclusiones y una bibliografía de obras citadas.

Su tesis constituye una síntesis de materiales ya descubiertos e interpretados por J. O. Crosby, A. Martinengo, H. Ettinghausen y E. Asensio, entre otros quevedistas, a los que la autora sigue de cerca en su estudio. En verdad, Juárez no parece haber utilizado nuevos documentos como para justificar el replanteo del tema; tampoco contribuye a iluminar los escritos quevedianos pertinentes el enfoque metodológico escogido. En los primeros dos capítulos se presentan los pocos datos que existen sobre la participación de Quevedo en la vida cultural de Sicilia y de Nápoles, algunos procedentes de las primeras vidas de nuestro autor, otros de fuentes italianas del siglo XVII, como los *Giornali* de Francesco Zazzera, miembro de la Academia de los Ociosos. Se pasa revista a los escritores y academias existentes y a las relaciones que Quevedo mantuvo o pudo haber tenido con humanistas y escritores con los cuales compartía unos mismos intereses en la literatura y en la cultura clásicas: Mariano Valguarnera, Antonio Amico, Ercole y Ottavio Branchiforte y Rocco Pirri, por ejemplo, en Palermo; Giambattista Basile, Scioppio y Campanella, en Nápoles. Zazzera relata que el Duque de Osuna asistía a funciones artísticas y fue protector de pintores y escritores en Nápoles. De Quevedo afirma que era asiduo acompañante del Virrey; se deduce, por ello, que Quevedo también habría participado en estas actividades en los dos breves períodos que pasó en aquella ciudad –unos dieciséis meses en total. Es muy probable que Quevedo se hubiera relacionado con las figuras más importantes de los círculos humanistas italianos, como lo sugiriera ya Tarsia, pero sólo pueden documentarse algunos encuentros y amistades específicas. El resto sigue perteneciendo al ámbito de las conjeturas: de allí la profusión de construcciones de probabilidad y eventualidad que debe emplear la autora en su revisión de la vida de Quevedo en estas dos ciudades italianas. Es probable, por ejemplo, que Quevedo se hubiera interesado por la obra de Campanella; Martinengo indicó ya la presencia de varios títulos en el *Índice* de San Martín. Es de valor muy relativo, sin embargo, conjeturar, siguiendo a Mérimée, que Quevedo hubiera sido "intercesor de Campanella", a partir de dos cartas de Scioppio dirigidas a Fabri y publicadas por L. Amabile en 1887. Lo mismo vale para otras suposiciones muy difundidas, aunque imposibles de demostrar: que hubiera sido miembro de la Academia de los Ociosos, por ejemplo. No cabe duda de que la estancia de Quevedo en Italia dejó su impronta en nuestro escritor, pero a falta de nueva documentación, convendría releer toda la obra de Quevedo, para detectar, en sus citas y comentarios de autores italianos, matices que permitieran evaluar el efecto producido por la lectura de la obra de estos humanistas y pensadores en los esquemas ideológicos de un defensor de los valores tradicionales de la cultura señorial y monárquica de su época. Estos capítulos, en todo caso, no constituyen una contribución importante a la reconstrucción de su vida y de su pensamiento.

La actividad literaria de Quevedo debe haber quedado relegada a segundo plano en esos años de intensa labor política. Sin duda, siguió componiendo poesía, pero no es fácil establecer una

³ Vid. fundamentalmente, además de otros artículos, *La astrología en la obra de Quevedo*, Madrid, 1983.

cronología segura en muchos casos. En cambio, nos ha legado un conjunto de cartas y *pareceres*, redactados en España y dirigidas al Duque de Osuna y a otros destinatarios que nos permiten percibir sus actitudes y reacciones ante el poder y los cambios y ajustes ideológicos que va experimentando. Raimundo Lida había leído estas cartas como vías de acceso a la compleja personalidad de Quevedo⁴. Juárez prefiere analizar el aspecto "literario" de estas misivas y relacionar sus asuntos con la temática de obras posteriores, refiriéndose, sólo tangencialmente, y de modo bastante ingenuo, debe decirse, a "la disposición desengañada, agria y casi nihilista" de Quevedo en las últimas cartas de este período (pp. 116-117). Su caracterización del estilo epistolar de Quevedo es superficial, así como el comentario sobre los entrecruzamientos de recursos retóricos que estas cartas muestran con su obra satírica, apuntados ya por Lida, y señalados aquí de modo bastante primitivo e inconsistente por la autora. Juárez establece una distinción entre estas cartas *literarias* y las oficiales, dirigidas al Parlamento napolitano, por ejemplo, así como los *pareceres* enviados a Lerma y sus consejeros (p. 100), cuya "nota de modernidad" se me escapa, por cierto (p. 98); las diferencias de tono y estilo proceden de las convenciones mismas que regían la redacción de cartas oficiales, no comparables, obviamente, a aquellas "familiares", en las que Quevedo relata irónicamente al Duque el éxito de sus empresas de soborno o situaciones específicas de la vida de personajes conocidos (la X o la XII, en la edición del *Epistolario* de Astrana).

Pocas novedades ofrece la sección en la que evalúa la importancia de la estadía en Italia para la poesía: cronología y lectura y asimilación de fuentes italianas contemporáneas. Para las cuestiones de cronología, en las que Juárez sigue a Crosby, Blecua, y Moore, con el que disiente en varios casos, contamos ahora con estudios muy completos sobre los sonetos de Quevedo, como el de Marie Roig-Miranda, que superan ampliamente sus observaciones⁵. Juárez resume el problema de la composición de las silvas a partir de la información ofrecida por Ettinghausen y Asensio. No toma en cuenta, sin embargo, otros trabajos importantes, como el de Gonzalo Sobejano sobre la silva "Himno a las estrellas", de 1980, a la que dedica algunos comentarios en relación con sus fuentes en Marino (p. 127), o el análisis de P. J. Smith, en su estudio de conjunto sobre la poesía amorosa, en el que se rectifican algunas afirmaciones del primero (pp. 20-21 y 121-123)⁶. En verdad, toda esta sección sobre la influencia de Marino y Groto en la poesía es deficiente, como otras, porque Juárez no aprovechó, para desarrollar su argumentación, publicaciones muy conocidas ya sobre el tema. Los estudios sobre fuentes italianas de Fucilla deben completarse ahora con los de Smith y con los de Gareth Walters, autores de monografías fundamentales para entender las conexiones que la poesía amorosa de Quevedo entabla con la lírica italiana de fines del siglo XVI y del siglo XVII, con la que Quevedo pudo, en efecto, familiarizarse en su estadía en Italia, aunque no hay que descontar, tampoco, lecturas realizadas en los años previos a su viaje⁷.

Juárez estudia, finalmente, las huellas de sus vivencias en Italia en el *Comento a la carta de Fernando el Católico*, en *Mundo caduco*, en *Grandes anales de quince días*, en *Lince de Italia*, y en los capitulillos de *La hora de todos*, de temática relacionada. Caracteriza, así, de modo sumario, el discurso historiográfico en estas obras de Quevedo (pp. 164 y ss., por ejemplo) y resume los

⁴ "Quevedo en sus cartas", recogido ahora en *Prosas de Quevedo*, Barcelona, Crítica, 1980.

⁵ Vid. M. Roig-Miranda, *Les sonnets de Quevedo*, Nancy, 1989 y el estudio de Roger Moore, *Towards a Chronology of Quevedo's Poetry*, Fredericton, 1977.

⁶ El artículo de Sobejano fue publicado en *Quevedo in Perspective*, Newark, Del., 1982, ed. por James Iffland; vid. también Paul Julian Smith, *Quevedo on Parnassus*, Cambridge, 1987.

⁷ Vid. D. Gareth Walters, *Quevedo, Love-Poet*, Cardiff, 1985, y una serie de trabajos relacionados, incluidos en su bibliografía, además de su edición de *Canta sola a Lisi, Poems to Lisi*, Exeter, 1988.

temas expuestos y sus reverberaciones en textos satíricos. Lamentablemente, este capítulo final de Juárez compite ahora, y en desventaja, con el estudio más autorizado de Victoriano Roncero, publicado posteriormente, quien ha analizado estas mismas obras en el contexto de las teorías históricas y políticas vigentes en el XVII, que iluminan el funcionamiento de este tipo de discurso en la praxis quevediana⁸. Sin embargo, Roncero ya había publicado, en 1988, un artículo sobre estas teorías históricas, que ahora forma parte de su libro, y que Juárez podía haber tomado en cuenta, así como otro anterior de 1984 sobre una sátira de tema italiano⁹. Del mismo modo, los breves comentarios sobre *La hora de todos* deberían haberse apoyado en la excelente edición anotada de Bourg, Dupont y Geneste, de 1980, a la que ni siquiera se menciona en la bibliografía de obras citadas, que adolece además de otras omisiones, inadmisibles en este momento. Éstas son algunas de las limitaciones que se observan en este intento de reevaluación del período italiano de Quevedo, que no modifica ni expande sustancialmente lo ya divulgado en los estudios existentes sobre la vida y obra de este autor. Sólo cabe indicar, para concluir, que se han deslizado numerosas, quiero suponer, erratas que dificultan la lectura del libro; vayan, a modo de ejemplo, las siguientes: *adjura*, por *abjura* (p. 68), *cupidez* (p. 95), *privacia* (p. 135), *tricolón* (p. 173), *grandielocuente* (p. 176), *inaptitud* por *ineptitud* (p. 186), *heróico* (p. 208 y *passim*), *ideosincrático* (p. 200), *fehación* (pp. 119-120), *pedragoso*, etc., etc.

Lía SCHWARTZ LERNER
(Dartmouth College)

⁸ *Historia y política en la obra de Quevedo*, Madrid, Pliegos, 1991.

⁹ Vid. Victoriano Roncero, " 'Sátira contra los venecianos' de Francisco de Quevedo", *Crotalón*, I, 1984, pp. 359-372, "Teoría histórica de Quevedo", *Journal of Hispanic Philology*, 12, 1988, pp. 239-253, y *Los 'Grandes anales de quince días' de Quevedo. Edición y estudio*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1988.